



WARHAMMER
40,000

AARON DEMBSKI-BOWDEN

LA GARRA DE HORUS

timunmas

UNA NOVELA DE WARHAMMER 40.000

AARON DEMBSKI-BOWDEN

LA GARRA DE
HORUS

LIBRO I DE LA SERIE DE LA BLACK LEGION

timunmas

Título original: *The Talon of Horus*

Traducción: Juan Pascual

Ilustración de cubierta: Raymond Swanland

Extinction (Extinción) apareció por primera vez en la antología Black Library Weekender de 2012 © Games Workshop Ltd 2012.

Abaddon: Chosen of Chaos (Elegido del Caos) apareció por primera vez en edición digital en 2013 © Games Workshop Ltd 2013.

Primera edición: enero de 2017

The Talon of Horus, *La Garra de Horus*, GW, Games Workshop, Warhammer 40.000, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2014 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2014

© De la traducción Games Workshop Limited. 2014. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2014, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0340-4

Preimpresión: Keiko Pink & the bookcrafters

Depósito legal: B 24487-2016

Impreso en España por Huertas

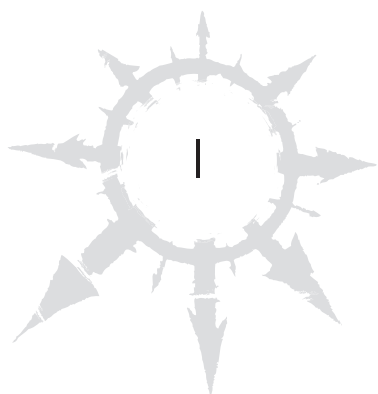
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

Nota del autor	11
La Garra de Horus.	15
Extinción.	329
Abaddon: Elegido del Caos	345



EL HECHICERO Y LA MÁQUINA

En los largos años anteriores a la batalla de Ciudad Cántico, no conocí el miedo porque no tenía nada que perder. Todo lo que había atesorado era polvo a merced de los vientos de la historia. Toda las verdades por las que había luchado ya no eran nada más que una filosofía inútil, contada por exiliados, susurrada a los fantasmas.

Nada de aquello me enojaba, ni era víctima de una melancolía especial. Había aprendido a lo largo de los siglos que solo un idiota trataba de luchar contra el destino.

Lo único que quedaba eran las pesadillas. Mi mente somnolienta disfrutaba de un modo lúgubre con volver al Día del Juicio Final, cuando los lobos aullaban y corrían por las calles de la ciudad en llamas. Tuve el mismo sueño cada vez que decidía dormir. Lobos, siempre los lobos.

La adrenalina me sacaba del sueño con una descarga láctica y me dejaba las manos temblorosas y la piel cubierta con las gotas frías del sudor. Los aullidos oníricos me seguían hasta el mundo de la vigilia para luego desvanecerse en las paredes metálicas de la celda de meditación. Algunas noches sentí esos aullidos en la propia sangre, recorriéndome las venas, impresos en mi código genético. Los lobos, a pesar de que no eran más que un recuerdo, acosaban con un afán más feroz que la propia furia.

Esperé a que se desvanecieran entre los sonoros zumbidos de la nave que me rodeaban por todas partes. Solo entonces me levanté. El cronómetro me indicó que había dormido durante casi tres horas. Después de

permanecer despierto durante trece días, incluso unas pocas horas de reposo robadas eran un respiro.

En el suelo de mi modesta estancia, una loba que no era una loba estaba en reposo vigilante. Sus ojos blancos, tan lisos como perlas perfectas, siguieron mis movimientos mientras me incorporaba un poco. Cuando la bestia se levantó un momento después, sus movimientos fueron anormalmente fluidos, sin relación con los de unos músculos naturales. No se movió del modo que los lobos reales se movían, ni siquiera como los lobos que me perseguían en sueños. Se movía como un fantasma que llevara la piel de un lobo.

Cuanto más cerca estaba la criatura, menos se parecía a una bestia en realidad. Sus garras y dientes eran vidriosos y negros. Tenía la boca seca de saliva y nunca parpadeaba. No olía a carne y piel, sino al humo que sigue al fuego, el olor innegable de un mundo natal asesinado.

—«Amo» —me llegó el pensamiento de la loba. En realidad, no era una palabra; era un concepto, un acuse de recibo de sumisión y afecto. Sin embargo, la mente de un ser humano, y la de uno sobrehumano, procesaba por instinto ese tipo de cosas como un lenguaje.

—«Gyre» —le saludé a modo de respuesta telepática.

—«Sueñas con demasiada intensidad —me dijo—. Comí bien ese día. El último aliento de los nacidos en Fenris. El chasquido de los huesos blancos en busca de la sabrosa médula ósea. El salado sabor de la sangre más orgullosa».

Su diversión me inspiró alegría. Su confianza siempre era contagiosa.

—*Khayon* —dijo una voz apagada e inhumana que sonó por toda la estancia. Era una voz totalmente carente de emoción y de género—. *Sabemos que estás despierto.*

—Lo estoy —le aseguré al aire vacío.

Noté la suavidad del pelaje oscuro de Gyre bajo mis dedos. Casi parecía real. La bestia no prestó atención mientras le rascaba detrás de las orejas, sin mostrar ni placer ni irritación.

—*Ven a nosotros, Khayon.*

No estaba seguro de poder hacer frente a una reunión así, justo en ese momento.

—No puedo. Ashur-Kai me necesita.

—*Captamos un tono de voz significativo que sugiere el engaño en tu respuesta, Khayon.*

—Eso es porque estoy mintiendo.

No hubo respuesta. Me lo tomé como algo bueno.

—¿Ha habido alguna noticia con respecto a la energía a través de las antecámaras conectadas a las vías espinales?

—*No hay cambios registrados* —me aseguró la voz.

Una pena, aunque no una sorpresa, teniendo en cuenta la conservación de energía de la nave. Me levanté de la losa que hacía las veces de camastro mientras me pasaba los pulgares por mis doloridos ojos tras aquel sueño insatisfactorio. La iluminación de la estancia era débil debido a la escasez de energía de la *Tlaloc*, lo que era un recuerdo de los años que había pasado cuando era un niño en Tizca, leyendo los pergaminos con un globo iluminador en la mano.

Tizca, antaño conocida como la Ciudad de la Luz. La última vez que vi mi ciudad de nacimiento fue cuando escapé de ella, cuando vi Prospero arder mientras el planeta se desvanecía en la pantalla de visión del oculus.

Tizca todavía vivía, en cierto modo, en el nuevo mundo de origen de la legión, en Sortiarius. Yo lo había visitado un puñado de veces, en la profundidad del Ojo. Sin embargo, nunca había sentido ninguna necesidad de permanecer allí. Muchos de mis hermanos sentían lo mismo, al menos, los pocos cuya mente seguía intacta. En esos días sin gloria, los Thousand Sons eran una hermandad dividida en el mejor de los casos. En el peor, habían olvidado por completo lo que significaba ser hermanos.

Y ¿qué había de Magnus, el Rey Carmesí que una vez tuvo el mando sobre sus hijos? Nuestro padre se había perdido en el flujo y reflujo del Gran Juego, en la lucha de la Guerra de los Cuatro Dioses. Sus preocupaciones eran etéreas, mientras que las ambiciones de sus hijos todavía eran mortales y mundanas. Lo único que queríamos era sobrevivir. Muchos de mis hermanos vendieron su saber y su hechicería guerrera al mejor postor entre las legiones en guerra. Nuestros talentos siempre eran muy cotizados.

Sortiarius era un hogar hostil, incluso entre la miriada de mundos que se bañaban en las energías del Ojo. Todos los que habitaban allí vivían bajo un cielo ardiente que robaba la noción del día y la noche, con los cielos ahogados en un remolino, coro atormentado de muertos inquietos. Había visitado Saturno, en el mismo sistema planetario que Terra, y el planeta Kelmasr, en órbita alrededor del sol blanco Clovo. Ambos planetas están rodeados por una aureola de anillos de roca y hielo, lo que los diferenciaba de sus hermanos celestes. Sortiarius tenía un anillo similar, de un blanco espectral contra el violeta vertiginoso del espacio en el Ojo. No estaba formado por hielo o roca, sino por almas gritando. Nuestro mundo de exilio estaba literalmente coronado por los espíritus aullantes de los que habían muerto por un engaño.

Era hermoso, a su manera.

—*Ven a nosotros* —dijo la voz mecánica de los comunicadores montados en la pared.

¿Me imaginaba un leve tono de súplica en aquella voz muerta? Eso me intranquilizó, aunque no supe decir por qué.

—Prefiero no hacerlo.

Me dirigí a la puerta y no necesité decirle a Gyre que me siguiera. La loba negra lo hizo con los ojos blancos observándolo todo y las garras de obsidiana chasqueando y arañando el suelo. A veces, si mirabas el momento justo, la sombra de Gyre contra la pared era algo alto, con cuernos y alas. En otras ocasiones, mi loba no provocaba ninguna clase de sombra.

Dos guardias vigilaban mi puerta. Ambos estaban cubiertos de cerámica de color cobalto con rebordes de bronce, con los cascos marcados por altas crestas kheltaranas, que recordaban la historia de Prospero y los antiguos imperios Ahztik-Gypton de la Vieja Tierra. Ambos volvieron la cabeza hacia mí, justo como esperaba que hicieran. Uno de ellos incluso asintió a modo de lento saludo, tan solemne como la gárgola de un templo. Antaño, aquella muestra de vida me hubiera hecho sentir la amenaza de una falsa esperanza, pero ya estaba más allá de semejantes ilusiones. Mis hermanos habían desaparecido hacía tiempo, muertos por la arrogancia de Ahriman. Aquellos rubricados, aquellas cáscaras de la no muerte de ceniza, se mantuvieron en sus sitios.

—Mekhari. Djedhor —les dije a modo de saludo, aunque sabía que era inútil.

—«Khayon». —Mekhari logró proyectar el nombre, pero no era más que obediencia fría y simple, no un verdadero reconocimiento.

—«Polvo —envió Djedhor. Era él quien asintió—. Todo es polvo».

—«Hermanos» —les respondí a los rubricados.

Observarlos con la mirada penetrante de la segunda visión fue irritante, porque vi tanto la vida como la muerte en las cáscaras de cerámica en las que se habían convertido. Me acerqué a ellos, no físicamente, sino con una presión vacilante de la conciencia psíquica. Era el mismo esfuerzo sutil que uno podría hacer para oír una voz lejana en una noche silenciosa.

Sentí la cercanía de sus almas, y no era diferente de cuando caminaban entre los vivos. Pero dentro de su armadura no eran nada más que cenizas. Dentro de sus mentes había niebla en lugar de memoria.

En Djedhor sentí una mínima brasa de recuerdo: un destello de llama blanca que eclipsó todo lo demás, pero que no duró más de un momento.

Así era cómo Djedhor había muerto; cómo toda la legión había muerto. En un fuego entusiasta.

Aunque la mente de Mekhari a veces ofrecía el mismo pulso insignificante de recuerdo, no sentí nada en él entonces. Este rubricado me observó con una mirada sin emociones desde la visera de su casco, agarrando su bólter en un gesto señorial de guardián.

En más de una ocasión, había tratado de explicarle la contradicción entre vida y no muerte a Nefertari, pero siempre me faltaban las palabras adecuadas. La última vez que había hablado de ello, había acabado realmente mal.

—Ellos están y no están —le había dicho—. Son cáscaras, sombras. No puedo explicárselo a otra persona sin la segunda visión. Es como tratar de describir la música a alguien sordo de nacimiento.

En ese momento, Nefertari había pasado su guantelete rematado por garras por el casco de Mekhari, y las uñas de cristal rasparon una de las lentes oculares rojas. Su piel era más blanca que la leche, más pálida que el mármol, lo bastante translúcida como para mostrar unas leves telarañas debajo de la piel de sus mejillas angulosas. Ella misma parecía medio muerta.

—Lo explicas diciendo que la música es el sonido de la emoción, expresado a través del arte, del músico a la audiencia.

Yo había asentido ante su elegante réplica, pero no dije nada más. Los detalles de la maldición de mis hermanos no era algo que me gustara mucho compartir, ni siquiera con ella, sobre todo porque compartía la culpa de su destino. Yo era el que había tratado de detener el último lanzamiento de los dados de Ahriman. Yo era el que había fallado.

El palpitar familiar de la irritación cargada de culpabilidad me llevó de vuelta al presente. Gyre gruñó a mi lado.

—«Seguidme» —le ordené a los dos rubricados. La orden resonó por el filamento psíquico que nos unía a los tres, y el enlace vibró con su reconocimiento. Los pasos de las botas de Mekhari y de Djedhor se oían contra el suelo mientras me seguían.

En el largo trayecto del pasillo que conducía al puente, otro comunicador de pared se activó.

—*Ven a nosotros* —dijo. Otra súplica átona para que me aventurara más profundamente en los pasillos fríos de la nave.

Miré directamente a uno de los receptores auditivos de bronce que salpicaban las paredes arqueadas del principal corredor vertebral. Aquel en concreto lo habían forjado en la forma de una máscara funeraria andrógina sonriente.

—¿Por qué? —le pregunté.

La confesión fue susurrada por los altavoces de toda la nave, una voz más en medio de los cantos de los fantasmas.

—*Porque estamos solos.*

La vida a bordo de la *Tlaloc* era algo lleno de contrastes y contradicciones, como ocurría con todas las naves imperiales lanzadas a las costas del infierno. Por todo el Gran Ojo existían zonas de estabilidad y de corrientes atormentadas, y las naves que navegaban en el interior del espacio del Ojo finalmente adquirirían estados similares de flujo poco frecuentes.

Es un reino donde el pensamiento se convierte en realidad, si uno tiene la fuerza de voluntad necesaria para traer algo de la nada de la disformidad. Si un mortal anhela algo, la disformidad se lo proporcionará a menudo, aunque rara vez sin un coste inesperado.

Una vez que las almas más débiles se suicidaron por su incapacidad para controlar su imaginación caprichosa, la estructura de la tripulación comenzó a levantarse de los escombros desordenados. Dentro de las salas abovedadas de la *Tlaloc*, la sociedad no tardó en reformarse en torno a una meritocracia opresiva. Los que me resultaban más útiles se elevaron por encima de los que no lo eran. Fue así de sencillo.

Buena parte de nuestra tripulación eran humanos, tomados como esclavos en las incursiones durante las Guerras de las Legiones. Por debajo de ellos estaban los servidores, y por encima de ellos estaban los bestiales mutantes cosechados a partir de la reserva genética de Sortarius. El bramido de sus batallas rituales se oía por los pasillos noche tras noche mientras se enfrentaban en las cubiertas inferiores que apestaban a pieles de bestias y a sudor animal.

Tardé casi dos horas en llegar a la Anamnesis. Dos horas de mamparos que se abrían lentamente por la escasa energía; dos horas de montacargas temblorosos de ascenso y descenso; dos horas de pasillos oscuros y el sonido de la canción de la disformidad que torturaba los huesos de metal de la nave. A través de la cacofonía de crujidos llenos de tensión, los temblores infrecuentes recorrieron la forma depredadora de la *Tlaloc* mientras la nave cruzaba las mareas más densas del Ojo.

Afuera, una tormenta arreciaba. Eran pocas las veces que necesitábamos reactivar el campo Geller dentro del Ojo, pero aquella región era más disformidad que realidad, y un océano de demonios ardía en nuestra estela.

No presté atención a la melodía de la disformidad. Otros entre nuestra partida de guerra proclamaban que oían voces en las tormentas más

fuertes, las voces de aliados y enemigos, de traidores y traicionados. Yo no oía nada parecido; al menos, voces no.

Gyre nos siguió, desapareciendo de vez en cuando en las sombras, dejándose llevar por el capricho de cualquier cosa que la tentara. Mi loba entraba en una extensión de la oscuridad y resurgía en otra parte de otra sombra. Cada vez que ella se desvanecía en la nada, sentía un escalofrío de resonancia a través del vínculo invisible que nos unía.

Por el contrario, Mekhari y Djedhor me seguían con una obediencia silenciosa. Me consolaba de un modo solemne su compañía. Eran una presencia incondicional, aunque no fueran grandes conversadores.

A veces me ponía a hablarles como si todavía estuvieran vivos. Discutía mis planes con ellos y respondía a su estoico silencio como si en realidad me hubieran contestado. Me preguntaba lo que mis hermanos todavía vivos pensarían de mi comportamiento de regreso en Sortarius, y si alguno de los otros supervivientes de mi legión tenía la misma manía.

Cuanto más me adentraba en la nave, menos se parecía a una fortaleza melancólica y más se asemejaba a un barrio pobre. La maquinaria se volvió más destartada, y los encargados humanos cada vez tenían un aspecto más desdichado. Todos se inclinaron a mi paso. Algunos lloraron. Algunos se dispersaron como bichos ante la luz. Todos sabían que era mejor no hablarme. No les tenía un odio especial, pero el enjambre de sus pensamientos hacía que fuera desagradable que estuvieran cerca. Tenían unas vidas sin sentido en la oscuridad, donde nacían, vivían y morían como esclavos de unos amos a los que no podían comprender, en una guerra que no entendían.

Las enfermedades asolaban las cubiertas inferiores en distintos ciclos de plagas. La mayoría de nuestras incursiones de esclavos eran sencillamente para reponer las masas de mano de obra no cualificada, pero una vez cada varias décadas necesitábamos atacar a otra legión para reponer los tripulantes de cubiertas tras otro contagio del espacio del Ojo. El Ojo del Terror era poco amable con los frágiles y los débiles de voluntad.

Cuando llegué a las grandes cámaras conectadas del Núcleo Exterior, el erosionado sentido del orden de la Anamnesis comenzó a hacerse cargo de todo. Los vastos salones estaban repletos de servidores y adoradores cubiertos por túnicas del Dios-Máquina, y todos se ocupaban de la maquinaria traqueteante que se alineaba a lo largo de las paredes y techos y se encontraba dentro de huecos abiertos en los suelos. Allí estaba el cerebro de la *Tlaloc* a plena vista, con sus venas formadas por cables compuestos e hilos entrelazados, su carne hecha de motores de acero negro en descomposición y generadores de hierro oxidado.

Los equipos de trabajo con tareas concretas no prestaron atención al paso de su amo, aunque sus supervisores adoradores se inclinaron y dispersaron tanto como lo hizo el rebaño humano en las cubiertas superiores. Percibí su reticencia a ceder ante cualquier autoridad que no compartiera su culto al Ommissiah, pero no era desagradable con ellos. Por permanecer allí, se les permitía servir las necesidades de la propia Anamnesis, algo que era un honor codiciado por muchos en el Culto de la Máquina.

Unos pocos lograron ofrecer unos gestos verdaderamente respetuosos como respuesta cuando me registraron como el comandante de la nave. Su respeto no tenía sentido para mí, y tampoco estaba preocupado por los que no mostraban ninguno. A diferencia de los sirvientes humanos sin habilidad alguna que también vivían sus vidas sin sol en las entrañas de la nave, aquellos sacerdotes tenían tareas más urgentes que postrarse ante un señor que les prestaba poca atención a cambio. Les dejaba trabajar en paz, y ellos me respondían con la misma despreocupación educada.

Por encima de los sacerdotes encorvados y servidores que arrastraban los pies se alzaban varios centinelas robóticos: había guerreros cibernéticos humanoides de la clase Thallaxi y Baharat en cada cámara. Todos ellos estaban inmóviles, con la cabeza agachada y las armas colgadas. Al igual que con los servidores, los robots inactivos no dieron muestra alguna de ver nuestro paso desde el Núcleo Exterior al Interno.

El Núcleo Interno era una bóveda solitaria escudada detrás de una serie de mamparos herméticos, a la que solo podían acceder los individuos de más alto rango de la nave. Las torretas láser automatizadas se activaron reacias, deslizándose desde sus huecos en las paredes sobre unos mecanismos chirriantes mientras seguían nuestros movimientos sobre la cubierta. Dudaba de que más de la mitad de las armas todavía tuvieran energía como para disparar, pero era tranquilizador ver que el espíritu-máquina que controlaba la *Tlaloc* todavía mantenía ciertos estándares.

La puerta de entrada al Núcleo Interno era casi palaciega en la ostentación. Las puertas en sí eran grandes bloques de metal oscuro grabado con las formas sinuosas de las serpientes de Prospero, con las cabezas crestadas en alto y sus fauces abiertas para devorar unos soles gemelos.

El único guardián allí era otro autómatas Baharat: cuatro metros de músculo mecánico y poder metálico, armado con cañones giratorios sobre los hombros. A diferencia de los del Núcleo Externo, este se mantenía activo. Sus articulaciones todavía exhalaban aliento de pistón; sus montajes de armas zumbaban cargados de energía.

La placa frontal sin rasgos del ciborg me observó en un juicio sin emociones, antes de echarse a un lado sobre sus pesadas pezuñas de hierro rematadas por garras. No dijo nada. Casi nada hablaba allí abajo. Todo se comunicaba en barboteos de código máquina cuando era necesaria alguna clase de la vocalización.

Apreté la mano contra una de las inmensas esculturas. La palma solo cubrió una única escama en la piel de la serpiente de la izquierda y proyecté un impulso momentáneo de pensamiento más allá de la puerta sellada.

—«Estoy aquí».

Con una orquesta discordante de golpes de barras al moverse y ruidos de maquinaria chirriante, el primero de los siete mamparos comenzó el arduo proceso de apertura.

Un espíritu-máquina es la encarnación de la más valiosa de las uniones: el vínculo literal entre la humanidad y el Dios-Máquina. Para los tecnosacerdotes del Mechanicum marciano, esa institución más pura, más digna, anterior al retrógrada Adeptus Mechanicus, no existe un estado del ser más sagrado que esa fusión divina.

Sin embargo, la mayoría de los espíritus-máquina son algo primitivo, limitados, formados por componentes biológicos elegidos que se mantienen con vida en un compuesto de química sintética, y luego se conectan esclavizados a los sistemas en los que pasarán la eternidad operando con el orden de programación cargado. En un imperio donde la inteligencia artificial es una herejía sin igual, la creación de espíritus-máquina mantiene al espíritu humano fundamental en el núcleo de cualquier proceso automatizado.

En el culmen comúnmente aceptado de esta tecnología se encuentran las máquinas de guerra de las legiones de marines y los cultos de Marte, lo que permite a los guerreros luchar más allá de la mutilación y de la muerte dentro de la coraza de un señor de la guerra cibernética. En el extremo más mundano del espectro están las matrices de asistencia a la puntería de los carros de combate y de las cañoneras hasta los motores de cognición secundaria de las naves de guerra del tamaño de una ciudad que surcan el vacío.

Pero existen otras plantillas. Otras variaciones sobre el tema. No todos los inventos son iguales.

—«Estoy aquí» —mandé más allá de la puerta.

Percibí cómo los componentes biológicos del espíritu-máquina se torcían en su tanque de *aqua vitriolo* fría mientras enviaba su respuesta a

través de una serie de funciones del sistema esclavizado. Un momento después, las puertas del Núcleo Interno comenzaron los rituales de desbloqueo.

La entidad en el corazón de la nave, conocida como la Anamnesis, me estaba esperando. Era muy buena en eso.

—«Quietos —les mandé a mis hermanos en una orden sin palabras. Mekhari y Djedhor se detuvieron de inmediato, con los bólters en las manos pero apuntando hacia abajo—. Matad a cualquiera que intente entrar».

Era una orden innecesaria. Nadie llegaría al Núcleo Interno sin que la Anamnesis lo permitiera, pero me sentí satisfecho por el reconocimiento psíquico indeciso procedente de cualquier remanente espectral que moviera la armadura de Djedhor. Mekhari siguió callado. No me preocupó su silencio. Aquellas cosas iban y venían, como las mareas irregulares.

Una vez dada la orden, los dos guerreros rubricados se volvieron hacia la última puerta para luego alzar los bólters y apuntar hacia allí. Así se quedaron, en silencio e inmóviles, leales más allá de la tumba.

—Khayon —me saludó la Anamnesis.

Era más que muchos espíritus-máquina; más, al menos, que una fuente de órganos en un tanque amniótico. La Anamnesis no había soportado la vivisección antes de ser consignada a su destino. Estaba casi entera y flotaba desnuda en su gran tanque de *aqua vitriolo*. Su cabeza afeitada estaba conectada a los cientos de máquinas de la estancia por una corona de gorgona formada por gruesos cables implantados en el cráneo. Su piel bajo la luz del sol había sido del color del caramelo. En aquella cámara, y dentro de esa tumba líquida, el tiempo había palidecido considerablemente su carne.

Los cerebros secundarios, algunos creados sintéticamente, otros tomados por la fuerza de los cuerpos aún vivos de sus donantes involuntarios, reposaban en carcasas generadoras parecidas a semillas, unidas como sanguijuelas a los lados de su tanque de contención.

Los purificadores zumbaban bajo su soporte de vidrio reforzado y limpiaban y reponían fluido frío. Ella era, a todos los efectos, una hembra adulta joven encerrada en un útero artificial, donde intercambiaba la verdadera vida a cambio de la inmortalidad en el líquido helado.

Veía con los escáneres de auspex de la *Tlaloc*. Luchaba disparando sus cañones. Pensaba con los cientos de cerebros secundarios esclavizados al suyo, lo que la convertía en una entidad gestalt, mucho más allá de su humanidad inicial.

—¿Estás bien? —le pregunté.

La Anamnesis flotó hacia la parte delantera de su tanque y me miró con unos ojos muertos. Pegó una mano al cristal, con la palma hacia fuera, como si pudiera tocarme la armadura, pero la ausencia de toda vida en su mirada le arrebató al momento cualquier afecto.

—Funcionamos —me respondió.

La voz del espíritu-máquina dentro del Núcleo Interno tenía un tono suave, andrógino, libre ya de los chasquidos corruptores de los comunicadores. Se manifestó a través de las bocas de catorce gárgolas de marfil, siete que sacaban la lengua en la pared norte, y siete que lo hacían desde la sur. Las habían esculpido como si se estuvieran abriendo camino a través de las paredes y emergiendo entre el laberinto de cables y generadores que convertían el Núcleo Interno en un paisaje urbano industrial.

—Vemos dos de tus hombres muertos.

—Son Mekhari y Djedhor.

Eso hizo que contrajera los labios.

—Los conocíamos antes. —Luego bajó la mirada hacia la loba, que había emergido de las sombras proyectadas por uno de los generadores que zumbaban—. Vemos a Gyre.

La bestia se sentó sobre sus patas traseras mientras la observaba de aquel modo tan poco lobuno. Sus ojos eran del mismo tono nacarado que el líquido amniótico que sostenía el cuerpo del espíritu-máquina. Paseé la mirada por la palidez enfermiza de la cara de la chica y coloqué una mano contra el cristal en un reflejo a su saludo. Como siempre, alargué la mente hacia ella por instinto y no sentí nada más aparte del zumbido de insecto del millón de cogitaciones que tenían lugar en su mente gestalt. Pero ella había sonreído ante la mención de Mekhari y Djedhor, y eso hizo que me sintiera precavido. No debería haber sonreído. La Anamnesis nunca sonreía. La precaución dio paso a la más traidora de las tentaciones: la esperanza. ¿La sonrisa era quizá algo más que un parpadeo de la memoria muscular?

—Dime una cosa —comencé a decir.

La Anamnesis siguió centrada mientras flotaba en la oscuridad lechosa.

—Sabemos lo que vas a preguntar —me dijo.

—Debería habértelo preguntado mucho antes, pero con el sueño de los lobos fresco en la cabeza, me siento menos inclinado hacia mi paciencia habitual y el autoengaño.

Se permitió un movimiento de cabeza, otro gesto innecesariamente humano.

—Esperamos la pregunta.
—Quiero la verdad.
—Nosotros no mentimos —me respondió de inmediato.
—¿Porque prefieres no mentir o porque no puedes mentir?
—Irrelevante. El resultado es el mismo. Nosotros no mentimos.
—Sonreíste hace un momento, cuando te dije que estaba con Mekhari y Djedhor.

Siguió mirándome con aquellos ojos muertos.

—Una respuesta motora sin relación a nuestros componentes biológicos. Un giro de músculos y tendones. Nada más.

Cerré lentamente la mano que tenía contra el cristal.

—Solo dime una cosa. Dime si queda algo de ella en tu interior. Algo, lo más mínimo.

Se dio la vuelta en el fluido, un fantasma en la niebla susurrante de los altavoces de la cámara. Sus ojos eran los de un tiburón, con la misma falta de alma torpe y egoísta.

—Somos la Anamnesis —dijo tras un momento—. Somos Uno, de Muchos. La «ella» que buscas es simplemente el porcentaje dominante de nuestro racimo del componente biológico. La «ella» que recuerdas no tiene más importancia en nuestra matriz cognitiva que cualquier otra mente.

No dije nada. Simplemente me quedé mirándola a los ojos.

—Registramos respuestas emotivas de tristeza en tus rasgos, Khayon.

—Todo está bien. Gracias por la respuesta.

—Ella eligió esto, Khayon. Ella se ofreció a convertirse en la Anamnesis.

—Lo sé.

La Anamnesis llevó la mano de nuevo al cristal y puso su palma contra mi puño, separados por el grueso vidrio.

—Te hemos causado daño emocional.

Nunca he sido un buen mentiroso. Ese talento me falta desde el nacimiento. Aun así, tuve la esperanza de que la falsa sonrisa la engañara.

—Exageras mi apego a las preocupaciones mortales —le respondí—. Simplemente tenía curiosidad.

—Registramos un patrón de voz que indica una inversión emocional significativa en este asunto.

Eso hizo que mi sonrisa se volviera más sincera. No pude evitar preguntarme por qué sus creadores del Mechanicum le habían proporcionado la capacidad de analizar ese tipo de cosas.

—No te excedas en tus ocupaciones, Anamnesis. Pilota la nave y deja mis preocupaciones en mis manos.

—Obedeceremos. —Se dio la vuelta en el fluido de nuevo. Los cables y alambres conectados a la cabeza afeitada se ondularon en una imitación mecánica del cabello. De algún modo, casi parecía vacilante—. Repetimos nuestra solicitud de intercambio de conversación —afirmó con cortesía extrañamente femenina.

Paseé por la cámara, y mis pisadas quedaron ahogadas bajo los gruñidos apagados de los motores de soporte vital del espíritu-máquina.

—¿De qué te gustaría hablar? —le pregunté mientras daba vueltas alrededor de su prisión de cristal. Flotó por el fluido siguiendo mis movimientos.

—Solo queremos comunicarnos. El tema es irrelevante. Habla y te escucharemos. Cuenta un cuento. Una anécdota. Un informe. Una historia. —Ya has oído todas mis historias.

—No es así. No todo. Háblanos de Prospero. Háblanos de cuando la oscuridad llegó a la Ciudad de la Luz.

—Tú estabas allí.

—Fuimos testigos de las consecuencias. No sentimos nada de la inmediatez del momento. Nosotros no estábamos corriendo por las calles con un bólder en las manos.

Cerré los ojos mientras los aullidos se desataban de mis sueños y me perseguían incluso allí, en aquella cámara. Al otro lado de la cubierta, Gyre soltó un sonido gutural que parecía una aleación de gruñido y risa. No importaba lo mucho que yo hubiera perdido con la caída de mi mundo natal, la loba se acordaba de todo aquello de manera diferente. Como era tan aficionada a recordarme, Gyre se había alimentado muy bien ese día.

—En otra ocasión, tal vez.

—Reconocemos que tu patrón de voz...

—Basta, por favor, Itzara. No me interesa nada mi patrón de voz.

Se quedó mirando como siempre miraba: una paradoja de ojos muertos y enfoque desconcertante. Al devolverle la mirada, vi mi propio reflejo espectral en la pared de vidrio de su tanque. Una imagen de ropajes blancos y piel oscura; un niño nacido en un mundo caliente al que habían llenado de sabiduría arqueogenética para convertirlo en un arma de guerra.

La Anamnesis flotó más cerca y apoyó ambas manos contra el cristal, con la boca floja en la oscuridad. Nada en ella parecía vivo.

—No te dirijas a nosotros con ese nombre —dijo—. La «ella» de ese nombre es ahora Uno de los Muchos. Ya no somos Itzara. Somos la Anamnesis.

—Lo sé.

—Ya no deseamos tu presencia, Khayon.

—No tienes ninguna autoridad sobre mí, máquina.

No me respondió. Mientras flotaba en su líquido sin corriente alguna, inclinó la cara hacia un lado como si prestara atención a una voz lejana. Apartó las yemas de los dedos del vidrio y acarició varios de los cables engastados en su cabeza descubierta.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Te necesitan.

Me miró a los ojos, y, por un momento, pareció que volvería a sonreír. No lo hizo. Su mirada inquietante permaneció.

—Oímos los gritos de la alienígena —me dijo—. Ella grita pidiendo tu presencia a través de todos los comunicadores. Pero estás aquí, sin armadura, y no contestas.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —le pregunté, aunque podía adivinar la respuesta. La alienígena había mostrado una increíble fuerza al resistir durante tanto tiempo.

—Tiene sed —contestó la Anamnesis. Una vez más, el parpadeo en los ojos de algo que no llegó a convertirse en una emoción. Un toque de malestar, tal vez. O la sombra del disgusto. O, como afirmaba, mera memoria muscular—. ¿Quieres comunicarte con ella?

¿Para decirle qué?

—No. Sella la Atalaya. Enciérrala en su interior.

No hubo pausa, ni duda. La Anamnesis ni siquiera parpadeó.

—Hecho.

En el silencio que siguió, miré a los ojos pasivos de la Anamnesis.

—Activa mis servidores de armado, por favor. Necesito mi armadura.

—Hecho —me respondió—. Somos conscientes de la utilidad de Nefertari. Por lo tanto, nos preguntamos si vas a matarla.

—¿Cómo? No, claro que no. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

—Nosotros no creemos que seas un hombre en absoluto, Khayon. Creemos que eres un arma con persistentes rastros de la humanidad. Ahora acude a tu alienígena, Iskandar Khayon. Te necesita.

Me di la vuelta para irme, pero no para ir a mi custodia de sangre, sino a armarme y prepararme para la reunión de la flota. Dejaría que Nefertari yaciera en la oscuridad un poco más.